

La escolta y el detenido se alejaron rápidamente por el bosque.

Norina se empeñaba en seguirles, y á los gendarmes les costaba mucho trabajo mantenerla á distancia. Les suplicaba en vano, que la dejaran abrazar á su amigo por última vez. Cuando vió que permanecían insensibles se enfureció.

—¡No tenéis corazón!—exclamó—no os da vergüenza ser tres á torturar á un pobre muchacho!... ¡Pero no lo dejaré así, iré á quejarme al prefecto, al mismo emperador!... Claudio es nuestro yo le quiero, le quiero!... ¡Devolvedmelo!

Desmelenada, con los ojos despidiendo chispas, llenaba el bosque con sus lamentos. Les siguió hasta el extremo del bosque; allí, agotadas sus fuerzas, ronca á fuerza de gritar, se dejó caer á la orilla del camino.

—¡Norina,—murmuró Gordal, mientras que Seurrot le empujaba hacia la carretera,—todo es inútil, vuélvete!... ¡Adios, te quiero mucho!

—¡Claudio!...—exclamó la pobre niña con voz ahogada.

Los gendarmes y el prisionero se alejaron por el polvoriento camino y, siempre detrás de ellos se elevaba la voz de Norina que decía: ¡Claudio! ¡Claudio mío!...

—¡Gendarme Schenepp,—decía á su subordinado, el cabo Fondreton mordiéndose los bigotes,—los gritos de la muchacha me revuelven el estómago como

un redoble de tambor.. Hay momentos, Schenepp, en que es difícil armonizar el servicio con los sentimientos... indudablemente.

VI.

La misma noche del día en que ocurría esta escena, el director de la prisión llegó muy alegre al comedor de la posada, en donde el guarda general Ivert le esperaba para comer.

—¡Bien os había yo dicho que no iría muy lejos—exclamó; —los gendarmes y el jefe de los celadores, han cogido á mi fugitivo en un escondrijo del bosque y lo han traído más que de prisa. A estas horas descansa en el calabozo...

Se sonrió con crueldad y sus ojos expresaron inoble fiereza, luego añadió, haciendo una expresiva pantomima con su roten de puño de marfil:

—¡Seurrot estaba furioso, y antes de encerrar al tunante, le ha administrado una corrección que le quitará el disgusto de los paseos al aire libre!

La corrección debía, en efecto, curar para siempre á Gordal de tales deseos. Después de haberle molido á golpes, Seurrot había encerrado en una celda á su prisionero, que estaba completamente sudando aún, por su larga excursión en pleno sol.

Gordal pasó bruscamente de la cálida y alegre luz de los caminos á un oscuro calabozo, cuyas paredes

estaban heladas. El negro horror de la celda, estaba aumentado para él por el recuerdo de las tres semanas de libertad y por el dolor de haber sido separado violentamente de la sola criatura que le había querido. Resonaban aún en sus oídos los desesperados gritos de Norina, y sus ojos la veían constantemente de rodillas y desmelenada en el bosque de Colmiers. Todo había concluído: no la volvería á ver más, y la vida no sería para él más que una pesadilla. Su suplicio había comenzado ya. Por la noche, el calabozo estaba lleno de fantasmas: Seurrot armado de su garrote; el director con su dura mirada y su cruel sonrisa, y la cara burlona del Champañés, á todos los veía surgir Gordal de la sombra y lanzarse como fieras sobre él... Al mismo tiempo le parecía que las paredes de la celda se unían y que el aire iba á faltarle. Se ahogaba. Repentinos calores, seguidos de sudores fríos y de grandes estremecimientos, subían hasta sus sienes y con voz ronca, llamaba á Norina en su auxilio.

Por la mañana, cuando uno de los celadores entró en la celda, le encontró temblando. Se llamó entonces al médico de la prisión, quien después de haberle examinado, dijo que era una fluxión de pecho lo que tenía.

El enojoso desenlace de la aventura de Gordal no había dejado de preocupar al guarda Ivert. Se censuraba haber sido la causa, aunque involuntaria, de la evasión del detenido; resolvió ir á interceder por él

y obtener al menos, que se le sacara del calabozo. Cuando llegó al despacho del director, le dijo éste que Gordal estaba enfermo y que le habían trasladado á la enfermería. Ivert pidió autorización para verle, y le condujeron á un pabellón recién construido, en donde se había instalado el servicio médico. Encontró á Gordal con una gran fiebre; bajo la delgada y reglamentaria manta estaba violentamente oprimido, y deliraba con los ojos desmesuradamente abiertos. No conoció á su paisano y éste se retiró después de habérselo recomendado con gran interés á la hermana enfermera.

Cuando Ivert, contristado, atravesaba la verja de la prisión, oyó tras de sí una voz femenina que decía:

—¡Señor!

Se volvió, y pudo ver que quien se dirigía á él era muchacha de unos quince años, sin nada á la cabeza, con un traje de indiana muy corto y gruesos brodequines llenos de polvo.

—¡Perdonadme!—continuó la muchacha mirándole con sus grandes y hermosos ojos negros;—¿sois uno de los jefes de la prisión?

—No, hija mía, ¿por qué?

—¡Ah!—suspiró la niña con aire triste; luego, animándose, añadió:—¿á quién podría yo dirigirme para obtener noticias de un preso que se llama Gordal?

—¡Gordal!—exclamó Ivert admirado.

—Sí... un muchacho que se había fugado y á quien

han traído ayer... En nuestra casa fué donde lo encontraron...

Norina, pues era ella, refirió brevemente á Ivert la huida y la prisión del joven detenido.

—Nos lo arrancaron, á pesar nuestro: si nos lo hubieran dejado, él hubiera ganado honradamente su vida entre nosotros. Yo quisiera decir esto á los jefes de la prisión, si pudiera hablarles. ¿Creeis, señor, que pueda conseguirlo?

—Temo que no os escuchen, hija mía—replicó Ivert mirando á Norina con sorpresa.

Después añadió:

—Yo también conozco á Gordal, somos del mismo país y vengo de verle.

La cara de la muchacha se iluminó.

—¡Ah!—dijo,—¿y cómo está?

—Está en la cama... enfermo.

Norina se puso muy pálida, se crisparon sus labios y sus negros ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Yo quisiera verle!—dijo con voz conmovida y entre sollozos.

Ivert conocía la severidad del reglamento de la prisión y no se atrevió á engañar á Norina; pero el concentrado dolor de la muchacha le había conmovido.

La prometió hablar al director é intentar obtener un permiso para que pudiera verle uno de los días siguientes.

—Creo que para entonces Gordal estará ya mejor. Volved dentro de dos ó tres días.

—Es que estoy sola en el taller con mi padre y no quisiera dejarle solo, sino á cosa hecha, á causa del trabajo... ¡Si tuviérais la bondad de avisarme el día en que podría verle!... Vivimos en la cortadura del Val-Servéux... Me llamo Norina Vincart.

—Está bien, Norina; iré yo mismo á deciros lo que haya acerca de esto.

—¡Mil gracias, señor!...

Se detuvo: un nuevo sollozo anudó su garganta.

—¿Pero vos le veréis, señor, no es verdad?

Desprendió de su corpiño un ramo formado con flores de brezo y se entregó al guarda general.

—Entregadle esto de parte de Norina. Decidle que las he cogido en la Fontanelle y que las he besado...

Ivert cogió el ramo y prometió cumplir el encargo.

Norina redobló su llanto.

—¡Hasta la vista, señor! ¿Me daréis pronto noticias?—dijo.

Y se fué muy de prisa, en dirección de Germaine.

Al día siguiente Gordal estaba peor, y un celador fué á prevenir á Ivert de que el número 24 quería hablarle. Añadió que era urgente, pues se creía que el detenido fallecería antes de la noche.

Ivert corrió á la enfermería. El enfermo no deliraba ya, pero estaba muy débil; la opresión aumentaba y respiraba con gran dificultad. Cuando la hermana le

enteró de la presencia de su paisano, á quien esta vez conoció, tuvo aun fuerzas para dibujar en su lábio inferior su maeca habitual.

—¡Mala suerte!— murmuró con débil voz.— Si les veo cinco minutos antes gano el bosque y me burlo de ellos . . . Ahora mi cuenta está arreglada, señor: ya no volveré á ver el campanario de Villotte,

—¡Mi pobre Gordal! le interrumpió Ivert—eres joven y fuerte y saldrás de esto.

El muchacho hizo con la cabeza un signo negativo.

—Hablemos de otra cosa—añadió Ivert—estoy encargado de una mision para ti de parte de una buena muchacha á quien has conocido en el Val-Serveux y que no te olvida.

—¿Norina?—preguntó en voz baja Gordal, cuyos vidriosos ojos se iluminaron de repente. ¿La habeis visto?

—Si— contestó Ivert, sacando del bolsillo las flores de brezo,—aquí tienes flores que ella ha cogido en la Fontenelle... Ellas te besarán por Norina, pues han sido besadas por ella..

Gordal cogió el ramo, lo llevó á los labios y á las narices, como para recibir los besos de Norina y el aroma de los bosques; después se le humedecieron los ojos y exclamó:

—¡Querida muchacha!... ¡Aun hay en el mundo gentes de bien!, Mr. Ivert, y si yo hubiera vivido á

su lado, hubiera podido llegar á ser un hombre tan honrado como otro cualquiera.

¡Principiaba yo á ser otro, pero el jefe de los celadores se echó sobre mi y se acabó todo lo bueno! No volveré á ver á Norina, y quiero pedir os un favor monsieur Ivert, y es que la lleveis también un recuerdo de mi parte.

Dadme mi chaqueta que está ahí al pié del lecho.

Registró con lentitud los bolsillos y sacó de ellos una navaja de mango de boj: una de esas navajas toscas de pastor, que se llaman Eustaquias.

—La daréis esta navaja—continuó—se que es un regalo pobre . . . Existe la creencia de que estas navajas cortan la amistad, pero en esta ocasión no hay porqué temerlo, cuando se la deis á Norina, la muerte habrá cortado ya el hilo de la mia.

El guarda general trató en vano de tranquilizarle.

—¡No no, replicó Gordal!—no me forjo ilusiones, yo soy quien estrenará el cementerio en que trabajaba!... ¡Bien os había yo dicho que no terminaría mi *compromiso*!... ¡Aunque no sea muy agradable la manera de terminarlo! ¡Seurrot pegaba tan fuerte que irán conmigo á la sepultura las señales de sus golpes!... En cuanto á Norina, cuando la volvais á ver, no la habléis de muerte y de cementerio... ¡Bastante sufrirá ya sin eso!... La entregaréis la navaja, la besaréis en mi nombre y la diréis tan solc, que me han llevado lejos, muy lejos, á donde estaré muy

bien... y que he partido pensando en ella... ¡Eso es lo que quiero que la digais, y en verdad señor, que no la engañareis!

Un acceso de tos le interrumpió y la hermana de la Caridad rogó que se retirara el guarda general, quien se alejó después de haber abrazado al pobre muchacho.

Al día siguiente, Ivert, se dirigió muy triste hacia la cortadura del Val-Serveux. Cuando hubo atravesado el arroyo, descubrió la cabaña del tío Vincart y se dirigió hacia el taller, esforzándose por aparecer tranquilo y no infundir temores á Norina. Esta, que le había visto á lo lejos, le salió al encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó anhelante.

—Está mejor—respondió lacónicamente Ivert,—ya no sufre.

Le costaba mucho trabajo engañar á la pobre muchacha; pero pensó que así cumplía la última voluntad de Gordal, y que en la sencillez de su corazón, el infeliz había juzgado que esta mentira sería menos cruel para Norina.

—¡Ah, gracias!—exclamó respirando fuertemente.

—¿Y podré verle pronto?

—No, hija mia... El médico ha ordenado que cambie de aires, y le han llevado lejos de aquí... á su país... Ha marchado esta mañana...

Los ojos de Norina se llenaron de lágrimas.

—¡Partió!—dijo balbuciendo.—¿No le volveré á ver mas?

—Se ha acordado mucho de vos—dijo Ivert,—Antes de partir me ha rogado que os entregue esto.

La entregó la navaja. Norina la cogió oprimiéndola nerviosamente entre sus dedos.

—Me encargó también que os diese un beso en su nombre.

Norina le presentó, sollozando, su bronceado rostro, y el guarda general la besó en la frente.

—En fin—suspiró Norina;—¡si es para su bien!... ¿Me jurais que estará mejor allí?

—¡Os lo juro!

Y no mentía el guarda general, en el nuevo cementerio, al extremo del bosque, donde el declive de las grandes hayas cubrían con su sombra la fosa, Gordal estaba *mejor*.

Alli gozaba de un reposo absoluto que los malos sueños y los golpes de la prisión no podían ya turbar,

FIN DE GORDAL